

Jim

SERGIO GÓMEZ

Ilustraciones de Álvaro López

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil



COLECCIÓN PLANETA AZUL

© del texto, Sergio Gómez, 2014
© de las ilustraciones,
Álvaro López, 2014

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2015
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Segunda edición | enero 2018
ISBN | 978-956-247-935-6
N° de Inscripción | 251.175

Impreso en China / *Printed in China*

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Jim y Jimo vivían en una calle arbolada y fresca que caía a avenida Pocuro. A los dueños de la casa los conocí muy poco, nunca fuimos amigos, solo vecinos. Ellos vivían en una casa y yo en un edificio que les cerraba el patio. Nos saludábamos cuando paseábamos por el parque que sigue por varias cuadras esa avenida. También los encontraba en fiestas de amigos comunes. Era una pareja joven. A veces trotaban por el parque, como muchos otros, con pañuelos en la cabeza, ropa deportiva y audífonos en los oídos. Creo haberlos visto también con ese perro, la madre de Jim y Jimo. Mi primera impresión —puedo equivocarme— fue ver a una pareja feliz.

A él alguna vez lo vi subir a una bicicleta para llegar a su trabajo. Sentí envidia: con corbata, bolsón de trabajo, pero arriba de una bicicleta, con expresión de satisfacción y felicidad.

Emprendí varios viajes en esa época, incluso viví en el extranjero; ese debió ser el motivo porque no volví a ver a esa pareja en un largo tiempo. Cuando por fin lo hice, todo había cambiado entre ellos. A él, por ejemplo, nunca lo volví a ver en su bicicleta, sino en una camioneta gigante, de neumáticos anchos. A ella, un día, la encontré en una pastelería del barrio. Su cara era triste y aburrida. Nunca más los vi juntos trotando por Pocuro, o en el parquecito que baja Tobalaba, por donde yo trotaba, aunque solo lo hacía los fines de semana. Teníamos amigos comunes, creo que lo he dicho antes, por eso me enteré lo que ocurrió con ellos dos. Aún seguían viviendo en esa casa de calle Las Amapolas, una calle linda, de

casas con jardines, que desemboca en avenida Pocuro.

Desde el segundo piso veía la casa de la pareja, o más específicamente, una parte importante de su patio. Allí vi a un perro junto a dos cachorros recién nacidos. Voy a confesarlo: nunca me han gustado los animales, tal vez por eso vivo en un departamento, para no tener ningún tipo de mascotas.

Ese día bajé las escaleras de mi edificio y caminé por la vereda. Disimuladamente pasé por el portón del patio de esa casa. Cuando venía de vuelta el portón se abrió de pronto y la señora que hacía el aseo apareció cargando una enorme bolsa negra con botellas para que el camión las recogiera. No le importó que le echara una mirada a los cachorros, pero solo desde la puerta. Los vi dando saltos, entumidos de frío, sus colas eran pequeñas y vibraban como resortes. Su madre los vigilaba. Y

fue la señora del aseo quien me informó los nombre de los cachorros: Jim, el más grande, Jimo el pequeño pero robusto. Parecerá extraño que diga esto, pero en esa ocasión, desde el portón de la casa, fue la primera y la única vez que vi a Jim y a Jimo.

Capítulo 2

De lo que ocurrió después, me enteré escuchando los relatos de mis amigos que conocían a la pareja, fueron ellos los que me dieron los detalles de lo ocurrido. De esa forma, uniendo fragmentos, pegando otros, fui armando una historia.

Los cachorros, que cumplían algunas semanas, nunca volvieron a entrar a la casa. Fueron los más afectados por el ambiente tenso que existía. Tuvieron suerte, porque recién comenzaba la primavera en Santiago y las noches, aunque todavía frías, eran soportables. Jim y Jimo dormían acurrucados cerca de su madre, en un rincón temperado de la lavandería del patio que yo veía desde mi ventana.

Una noche se produjo una descomunal pelea en la casa. Se dijeron muchas cosas, todas hirientes. Cuando se discute de esa forma las frases se largan como piedras. Una de esas frases fue: “No quiero saber más de esos cachorros”. Y la siguiente, peor: “Llévatelos de aquí, no hay espacio para criar perros”.

Al día siguiente, el hombre llegó con una caja de cartón. Sin pensarlo cogió a los dos cachorros y los echó allí. Jim y Jimo no se hicieron problemas porque creían que era un juego. El hombre acomodó la caja en el asiento de atrás y arrancó la camioneta.

Cruzó Santiago hasta que encontró la ruta hacia el sur. No tenía claro adónde se dirigía. En la caja los cachorros se impacientaron, comenzaron a llorar y a mordisquear el cartón. El movimiento también los mareó y al final se durmieron. La caja era estrecha y los hermanos producían calor-

cito que llamaba al sueño. Un poco más adelante, debido a las vueltas, Jimo, el más pequeño y gordo, se descompuso y vomitó el desayuno.

detuvo un momento y, todavía sin pensar con claridad, dobló el volante hacia un camino interior, entre viñedos y campos. El pavimento acabó de pronto. Observó por delante el camino de tierra y ripio, los campos, las parcelas y los arbustos empolvados. No tenía idea dónde estaba. Volvió a acelerar. Avanzó varios kilómetros. Vio una escuela en medio del campo, vio viñedos con uvas verdes, y casas en las entradas de las parcelas. Y al fondo, deteniendo el paso, el fin del camino, es decir, los grandes cerros.

Unos minutos después detuvo la camioneta. Sin pensarlo, pero con prisa, recogió la caja de cartón del asiento de atrás. A su alrededor solo estaban los extensos campos, se respiraba ese aire fresco, muy distinto al de la ciudad. El paisaje era seco, con matorrales. Dejó caer la caja al suelo. Escuchó en el interior los aullidos de los dos cachorros nerviosos. La caja, por el peso y el movimiento,



se inclinó y se desplomó de costado. Por el hueco apareció Jim y luego su hermano tiritando de frío. Miraron hacia todas direcciones. El panorama les era completamente extraño. Lo primero que hicieron fue olfatear el aire. Y lo primero que constataron fue que no estaba cerca su madre. Permanecieron en la entrada de la caja de cartón, sin atreverse a avanzar, apabullados por esa extensión enorme, extraña, reseca, polvorienta, distinta al patio cerrado.

El hombre que los llevó hasta allí se limpió la ropa. No volvió a mirarlos. Los cachorros asomaban sus cabezas desde la caja. Jimo, el más inquieto de los dos, alcanzó a dar unos ladridos, pero bajitos, apocados y miedosos.

El hombre subió a su camioneta y se alejó por el mismo camino por donde llegó.

Capítulo 4

Todavía el día no acababa y el sol de la tarde calentaba el descampado. Los hermanos, tímidamente, después de pensarlo, salieron a explorar afuera de la caja de cartón. Al principio se divirtieron como lo hacían siempre, aunque Jim presentía que la situación era distinta. No estaban encerrados en los estrechos límites del patio de la casa o en el rincón de la lavandería, y, más importante, no estaba su madre vigilándolos, mordiéndoles cariñosamente las orejas. El lugar era inmenso para ellos: una extensión de tierra plana con algunos rulos de maleza. Y al fondo los cerros pardos y secos. Cerca del camino vieron algunos cuadra-

dos de tierra cultivada. Estaban en medio del campo y no lo sabían.

Ante tantas posibles preguntas sin repuestas, los hermanos siguieron mordisqueándose; Jimo entretenido con la cola de Jim.

Corrieron no muy lejos de la caja de cartón, sintiendo la tierra que les calentaba las patas.

Jim practicó lo que siempre quiso hacer: carreras de velocidad sin encontrarse con el muro de la casa. Aceleraba levantando polvo, estiraba su cuerpo, el viento le golpeaba en el hocico y le entraba frío por la nariz. Jimo no lo seguía porque se cansaba con rapidez, prefería descansar y moverse lo menos posible. Jim frenaba y las orejas se le venían para adelante. Doblaba el cuerpo y regresaba a la misma velocidad hasta la caja de cartón, donde lo esperaba su hermano bostezando, solo con ganas de morderlo y seguir jugando.

Supongo que en esos momentos ambos pensaron que pronto vendrían por ellos, los recogerían para llevarlos de vuelta al patio de calle Las Amapolas, otra vez olerían a su madre y comerían esa comida seca y deliciosa que les dejaban en sus platos. Esas primeras horas disfrutaron el paisaje enorme porque estaban seguros de que volverían a su rutina habitual.

Jimo, una hora después, cansado de tanto jugar, se acomodó en el borde de la caja y se durmió profundamente. Jim fue a mirar por el camino, pero no encontró nada interesante, ni una señal que le indicara que regresaría el automóvil que los llevó hasta allí. Al atardecer escuchó ladridos. Se quedó quieto, giró la cabeza para echar las orejas hacia atrás y percibirlos mejor. Nunca escuchó ladrar de esa forma. Estuvo tentado en responder, pero los suyos eran ladridos de cachorro, es decir, agudos.

Se dio cuenta que eran de dos tipos. Unos más graves, provenían de los viñedos. Los otros, más abundantes y diversos, bajaban con el viento que descendía de los cerros, no eran ladridos de un solo perro, sino de muchos de ellos. Al mismo tiempo que los escuchó sintió miedo. Regresó preocupado donde su hermano. Se acomodó a su lado en la caja de cartón. Sintió el calor y el olor de la respiración de Jimo, y un momento después también se durmió.